

doctrinas de Tolstoy y de Bondareff, comparándolas. Hemos mostrado su alcance y sus consecuencias sociales. Nos falta decir unas cuantas palabras acerca del libro de Bondareff en particular.

La lectura de la obra de Bondareff es interesante y sugestiva. En este *mujik* se encuentran aliadas la profundidad y la sencillez. Sin duda, no siempre se destaca el pensamiento con suficiente claridad, lo cual se debe en parte á la terminología y al estilo *bíblico* del autor. Pero esta dificultad se vence fácilmente, leyendo con un poco de atención.

AMADEO PAGÉS.

PRIMERA PARTE

EL TRABAJO Y LA TEORÍA DE BONDAREFF
POR EL CONDE LEÓN TOLSTOY

La obra que presento hoy al público es de Timoteo Michailovitch Bondareff. No he cambiado nada la forma que la ha dado el autor. Toda la diferencia entre lo impreso y el manuscrito está en la ortografía: en vez de la ortografía que gasta Bondareff, he adoptado la generalmente usada en los libros.

Otra diferencia proviene de que

he dividido la obra en dos partes: el *tema* y los *apéndices*. Bajo el epígrafe de *Apéndices* he puesto todo lo que me ha parecido ser una repetición ó una digresión fuera del asunto principal.

A mi parecer, esta obra es notabilísima por su fuerza, por su claridad, por la belleza del lenguaje, por la sinceridad de las convicciones que se advierte en cada línea, y, sobre todo, por la importancia, la verdad y la profundidad del pensamiento fundamental.

La idea culminante de la obra es ésta:

En todas las circunstancias de la vida, lo esencial no es saber lo que es bueno y necesario, sino, entre las cosas buenas y necesarias, saber cuál es la primera en importancia, la segunda, la tercera, etc. He aquí

lo capital en los negocios de la vida; con mayor motivo debe ser lo mismo en asuntos de la religión, respecto á los cuales la fe fija deberes muy precisos al género humano.

Taciano, el maestro de los primeros tiempos de la Iglesia (1), dice

(1) Taciano, uno de los apologistas del siglo II. En nuestros días atrae cada vez más al historiador, por la originalidad con que se asimila las verdades reveladas, la elocuencia un poco ruda con que fustiga la corrupción pagana, su brusco y oscuro paso de la ortodoxia á la herejía gnóstica. Nació en Asiria, como él mismo lo dice en su *Discurso á los griegos*.

Después haber buscado inútilmente, ya en el culto popular, ya en los misterios del Oriente, ya en las diversas escuelas filosóficas, una doctrina que dispase sus dudas intelectuales y satisficiera las más altas necesidades de su conciencia, la encontró oyendo á los predicadores del Evangelio, y desenvolvió en su primera y más célebre obra, el *Discurso á los griegos*, *Λόγος προς Έλληνας*, los motivos de su conversión. Esta apología, que verosimilmente escribió durante su residen-

que la desgracia de los hombres no tanto proviene de que ignoran el verdadero Dios, como de que creen en falsos dioses y tienen por Dios á lo que no lo es. Lo mismo puede decirse de los particulares deberes de los hombres. Las desdichas y los crímenes de los hombres no tanto provienen de que ignoren sus debe-

cia en Roma, se distingue de todas las que se compusieron en el mismo período por el irreconciliable antagonismo que estalla á cada página entre la pretensa sabiduría pagana y el Evangelio. Por un lado todo es luz, y por el otro tinieblas. Aquí, la mitología con sus fábulas absurdas en que las alegorías sutiles atenúan su grosería de un modo muy incompleto, el arte enteramente dedicado al servicio de los goces sensuales, la filosofía con sus contradicciones y su nada; allí, el cristianismo con su sencillez y su universalidad, la pureza de vida y el valor que á sus adeptos inspira para afrontar la muerte.

Después de la muerte de Justino, mártir, Taciano volvió á tomar el camino de la Siria,

res cuanto de que admiten falsos deberes, consideran como deber suyo lo que no lo es, y no consideran de ningún modo como un deber lo que es su deber principal.

Bondareff afirma que las desventuras y los delitos de los hombres provienen de que han reconocido como deberes sagrados muchos pre-

afiliándose allá á una de las numerosas sectas hijas de la imaginación oriental.

En cuanto es posible afirmarlo con entera certidumbre en un dominio aún tan controvertido, Taciano formó parte de la secta de los *encratitas*, ya que no fué su fundador (E. Stræhlin, *Enciclopedia de las ciencias religiosas*).

La más conocida de sus obras de aquel período, el *Diatéssaron*, parece ser una armonización de los cuatro Evangelios, de la cual habla Eusebio sin haberla visto con sus propios ojos. Taciano compuso el Evangelio llamado *Diatéssaron*, con el fin de hacer desaparecer del texto canónico las genealogías y los demás pasajes que hacen descender al Señor de la raza de David según la carne.

ceptos frívolos y nocivos, olvidando y ocultando á ellos mismos y á los demás el primero, y, sin duda alguna, el más importante de los deberes, el que está contenido en el primer capítulo de la Sagrada Escritura: «Con el sudor de tu frente, amasa (*mesi*) tu pan (1).»

(1) Así es como Tolstoy y Bondareff interpretan el versículo del *Génesis*, para poner mejor de relieve la idea del trabajo manual. Suele traducirse: «Con el sudor de tu frente, comerás tu pan.» He aquí ese pasaje, traducido por Reuss, según el texto hebreo: «Y al hombre (el Eterno Dios) dijo: Puesto que has escuchado la voz de tu mujer y has comido del árbol que te había prohibido que comieses, maldito sea el suelo á causa de ti; con fatiga sacarás de él el alimento durante tu vida. Te brotará zarzas y espinas, y cuando comas las plantas de los campos, con el sudor de tu frente te alimentarás, hasta que vuelvas á la tierra; porque de ella has sido hecho, polvo eres y en polvo te convertirás.» Se ve que la interpretación de Tolstoy y de Bondareff no es in-

Para los que creen en la santidad é infalibilidad de la palabra divina expresada en la Biblia, es evidente que este mandamiento prueba con suma fuerza por sí mismo su propia verdad, puesto que fué dado por Dios y desde entonces nunca se ha derogado.

En cuanto á los que no creen en la Sagrada Escritura, si, sin preocupación ninguna, consideran este precepto como una expresión sencilla y natural de la sabiduría humana, verán claramente cuáles son su sentido y su verdad cuando examinen las condiciones de la vida humana; y esto es precisamente lo que Bondareff ha hecho en su libro.

exacta. Tienen razón para creer que el *Génesis* nos enseña que la condición natural del hombre es el trabajo de la tierra.

Lo que les impide hacer semejante examen, es que la mayoría de ellos están habituados á las explicaciones erróneas y absurdas que han dado los teólogos de las palabras de la Sagrada Escritura. Y es tal ese hábito, que basta recordarles que una doctrina tiene algunas relaciones con la Sagrada Escritura, para que la miren con desdén, diciendo: «¿Qué nos importan á nosotros las Sagradas Escrituras? ¿Sabemos que en ella puede fundarse todo lo que se quiera, y que todo es allí mentira!»

Nada hay más injusto, porque no debe achacarse á la Sagrada Escritura el que los hombres la hayan explicado mal; y el hombre que dice la verdad, no es en manera alguna culpable porque repita la verdad expresada antes de él y en los

mismos términos por la Sagrada Escritura.

Si admitimos que lo que se llama Sagrada Escritura no es obra de Dios, sino de los hombres, y si, por otra parte, lo que es pura y simplemente escritura de los hombres se considera por nosotros como proveniente de Dios, no olvidemos que hay para todo eso alguna razón.

Es fácil de advertir esa razón.

Los hombres supersticiosos la llaman escritura de Dios, por ser más profunda que toda la ciencia humana, y porque, á pesar de continuas refutaciones, ha llegado hasta nosotros y no ha perdido su renombre de divina. Se ha llamado divina y se ha transmitido hasta nosotros, porque contiene la mayor sabiduría humana posible. A lo menos, así sucede en la mayoría de los pasajes

de la obra que se llama la Biblia.

Tal es, en efecto, en su sentido literal, la sentencia que toma por texto y comenta Bondareff, tal es ese mandamiento que el género humano ha olvidado y cuya interpretación actual aniquila todo su alcance.

Concíbense por lo común ese fallo de Dios y toda la vida de Adán en el Paraíso terrenal, como acontecimientos *históricos y reales*; siendo así que es preciso dar á ese relato un sentido alegórico, porque manifiesta las contrarias tendencias que Dios ha puesto en la naturaleza humana.

En efecto, el hombre tiene miedo de la muerte y está sujeto á ella. El hombre que no conozca el bien ni el mal nos parece el más feliz, y, sin embargo, tendemos á conocerlo

todo. El hombre apetece los placeres y la satisfacción de sus necesidades á la cual no va inherente el sufrimiento, y, no obstante, en la fatiga y el dolor encuentran la vida él y toda su raza.

La frase «Amasa tu pan, con el sudor de tu frente» es importante, no porque, como se pretende, fuera dicha por Dios mismo á nuestro padre Adán, sino porque es verdadera, porque afirma una de las leyes ineludibles de la vida humana.

La ley de la gravitación no es verdadera únicamente porque la enunciase Newton; antes por el contrario, sólo conozco á Newton porque la descubrió, y le profeso gratitud por haberme señalado la ley eterna que sirve para explicar todo un orden de fenómenos.

Igual acontece con la ley «Con

34904

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

el sudor de tu frente, amasa tu pan.» Es también una ley que me explica todo un orden de fenómenos. Conocida una vez, no puedo olvidarla: y estoy lleno de agradecimiento hacia aquel que me la ha descubierto.

Parece que esta ley es muy sencilla y conocida de muy antiguo. Pero eso no es más que una apariencia, y para convencerse de lo contrario basta mirar á nuestro alrededor. No sólo no se reconoce esa ley, sino que se admite otra diametralmente opuesta. Todos los que creen en Dios, desde el Tzar hasta el mendigo, todo el mundo se apresura, no á obedecer aquella ley, sino á infringirla.

Mostrar lo eterno é inmutable de esa ley, explicar cómo resultan necesariamente desventuras si se infringe: he aquí lo que ha querido ha-

cer Bondareff en la obra que sigue.

Bondareff la llama ley primitiva, ó también primer mandamiento, y la coloca antes que todas las demás. En seguida prueba que el pecado, es decir, las faltas y las acciones desleales, sólo provienen de descuidarla. A sus ojos, el principal de los deberes positivos de la humanidad, el primero é innegable deber de cada individuo, es el de *trabajar el pan con sus manos*; con lo cual da á entender que todo hombre debe desempeñar los largos y penosos trabajos necesarios para no morir de hambre y de frío, y, por consiguiente, proporcionarse á sí propio, con el trabajo manual, el pan, la bebida, el vestido, la vivienda y el combustible.

La idea fundamental de Bondareff es que esta ley («el hombre

debe trabajar para vivir»), reconocida hasta el presente como necesaria, debe considerarse como invariable y mejor que todas las demás. Hasta debe tenérsela por una ley religiosa, como el Sábado y la Circuncisión entre los israelitas, el ayuno y todos los sacramentos entre los cristianos sometidos á la Iglesia, las cinco oraciones al día y otras prácticas entre los mahometanos.

Bondareff afirma en alguna parte que si los hombres conceptuasen el trabajo del pan como un deber religioso, ninguna otra ocupación les impediría cumplir esa ley; como ninguna otra ocupación puede impedir á los creyentes celebrar las fiestas preceptuadas por la religión.

Tenemos más de ochenta fiestas al año; mientras que, según el cálculo de Bondareff, el trabajo del

pan sólo requiere unos cuarenta días.

¡Cuán extraordinario parece á primera vista que un medio tan sencillo, tan fácil de comprender para todo el mundo, sin exigir habilidad ni ciencia, pueda salvar á la humanidad de todos los males terrenos, por numerosos que sean! Pero ¡cuánto más extraordinario es que teniendo en nuestras manos un medio tan sencillo, tan claro y conocido desde hace tanto tiempo por todo el mundo, podamos descuidarlo y buscar la curación de nuestros males en diferentes teorías sutiles y embaidoras!

Pensándolo bien, veréis que eso es conducirse como aquel que, en vez de poner fondo nuevo á su tonel agujereado, inventase todo género de artificios para retener el agua en él. A esos artificios se asemejan to-

dos los esfuerzos que hacemos para curar nuestros males presentes.

¿De dónde provienen, en efecto, todas las desventuras de los hombres, todas las que no tienen por causa los asesinatos, el patíbulo, las prisiones, las riñas y todas las demás crueldades de que se hacen culpables porque les es imposible no usar de violencia?

Todas las desdichas de los hombres, excepto la violencia directa, provienen, por una parte, del hambre, de las privaciones de toda especie, del desaliento en el trabajo; y, por otra parte, de la riqueza, de la ociosidad y de todos los vicios que engendran. El hombre que quiere hacerse mejor, ¿no debe esforzarse en destruir esa desigualdad por la cual unos están sumidos en los males que provienen de la miseria y

de la necesidad, otros en los que provienen de la riqueza y sus seducciones? ¿Cómo pueden hacerse desaparecer esos infortunios, sino tomando parte en el trabajo que da satisfacción á nuestras necesidades y huyendo de la riqueza y la holgazanería, madres del vicio y de las tentaciones; ó, en otros términos, obedeciendo la ley que manda á los hombres trabajar cada uno su pan, como dice Bondareff, ó ganarse la vida con sus manos?

Tan embrollados estamos con la multitud de leyes religiosas, sociales y domésticas que nos hemos impuesto; hemos inventado tantos mandamientos, enunciando, como dice Isaías, regla sobre regla, una regla para esto, una regla para aquello, que hemos perdido por completo el sentido de lo que es bueno

y de lo que es malo. Uno dice misa, otro recluta el ejército ó el cupo militar, el tercero juzga, el cuarto estudia, el quinto cura, el sexto enseña; en fin, merced á tales pretextos, todos se desembarazan del trabajo del pan, lo echan sobre otros y olvidan que hay hombres que se mueren de fatiga y de hambre. Pero, antes de darle al pueblo sacerdotes, soldados, jueces, médicos y profesores, sería necesario saber si no se muere de hambre. No sólo olvidamos que pueden presentarse una multitud de deberes que llenar, sino también que hay un deber primero y otro último, y que no se puede cumplir el último sin haber cumplido el primero, y que no se puede rastrillar la tierra antes de haberla labrado.

La doctrina de Bondareff nos in-

vita á cumplir el primero de los deberes en el orden práctico, sin duda ninguna.

Bondareff demuestra que el cumplimiento de este deber no perjudica á ninguna de las demás ocupaciones, no presenta dificultad ninguna, y al mismo tiempo salva al hombre de la pobreza, de la necesidad y de las tentaciones.

El cumplimiento de este deber destruye, sobre todo, la odiosa división de los hombres en dos clases que se odian la una á la otra, y disimulan con caricias su odio recíproco.

El trabajo del pan, dice Bondareff, hará á todos los hombres iguales y cortará las alas al lujo y á la concupiscencia.

No se puede labrar la tierra y abrir pozos con ricas vestiduras,

las manos limpias y una alimentación fina y delicada.

Entregándose á una ocupación santa y buena para todo el mundo es como los hombres se aproximarán unos á otros. El trabajo del pan, dice Bondareff, da inteligencia á los que la han perdido, á los que no han llevado la vida propia del hombre; da alegría y felicidad á los que á él se dedican, porque es una ocupación interesantísima y alegre que Dios ó la naturaleza han reservado á los hombres.

El trabajo del pan, como dice también Bondareff, es un remedio que salva al género humano. Si los hombres reconociesen esta ley primitiva como una ley divina é inmutable, si cada uno de ellos reconociese el trabajo del pan como deber indispensable, alimentándose

entonces con su trabajo todos los individuos, se unirían en la misma creencia en Dios, en el amor de unos á otros, y harían desaparecer la pobreza que sufren la mayor parte de ellos.

Tan habituados estamos al estado de cosas que admite todo lo contrario, á saber, que la riqueza y el medio de no trabajar el pan es un don de Dios y la más alta posición social que podemos apetecer; tan habituados estamos, repito, á ese estado de cosas, que no queremos examinarlo minuciosamente y reconocer que es incompleto, injusto é inconcebible.

Así, pues, hace falta analizar con cuidado ese estado de cosas y preguntarnos si es justo.

Acercas de este punto hay teorías religiosas y teorías políticas para

todos los gustos. Juzguemos la teoría de Bondareff, como teoría. Veamos lo que sucederá si, según los deseos de Bondareff, el clero se esfuerza en sus sermones por explicar el primer mandamiento, y si todos los hombres reconocen la santa y primiva ley referente al trabajo. ¿Qué sucederá?

Todo el mundo trabajará y comerá el pan de su trabajo; y el pan, que repetimos una vez más, es un objeto de primera necesidad, no será comprado ni vendido. ¿Qué resultará de esto? Que ya nadie se morirá de hambre. Si un hombre no gana lo suficiente para alimentarse él y su familia, el vecino acudirá en su ayuda; y le ayudará porque no podría emplear de otra manera productos que no se venden. A consecuencia de esto el

hombre ya no tendrá tentaciones, no sentirá más la necesidad de adquirir con astucia ó con violencia el pan que hoy no puede proporcionarse de ningún otro modo.

Y no teniendo tentaciones, no empleará la fuerza ni el engaño. Estos medios ya no le serán necesarios como hoy; y si los emplea, será porque le gusten la violencia y la astucia, y no porque las necesite como en lo presente.

Los débiles, los que no tienen fuerzas para ganar su pan ó las han perdido por cualquiera causa, ya no tendrán precisión de venderse, de vender su trabajo y algunas veces también su alma para obtener pan.

Ya nadie se esforzará como hoy en desembarazarse del trabajo y echarlo sobre otro; ya no se trata-

rá de aplastar á los débiles con el trabajo y evitar á los poderosos toda especie de labor. Ya no se advertirá entre los hombres esa disposición que les hace emplear todas sus fuerzas intelectuales en facilitar, no el trabajo de los trabajadores, sino la pereza de los perezosos.

Poniendo aparte el trabajo del pan y reconociéndolo como la principal de las ocupaciones humanas, se hace lo que haría el hombre que, en presencia de un carruaje arrastrado por locos con las ruedas al aire, lo volviese hacia abajo, poniéndolo sobre las ruedas; no lo rompería, y en lo sucesivo marcharía bien.

La vida que llevamos en el odio y el menosprecio del trabajo del pan, y todos nuestros esfuerzos para reformar esa vida contraria á la

naturaleza, son el carruaje que arrastramos con las ruedas al aire. Y todos los esfuerzos que hacemos para corregir nuestra conducta, no darán resultado ninguno, en tanto que no volvamos el carruaje y lo pongamos como es debido.

Tal es la doctrina de Bondareff, de que soy resuelto partidario.

He aquí cómo me explico los conceptos de Bondareff.

Hubo un tiempo en que los hombres se comían unos á otros. Pero se ha desarrollado cada vez más la noción de la igualdad entre los hombres, tanto que no ha podido parecer definitivo ese estado social, y ha desaparecido la antropofagia.

Hubo después un tiempo en que unos se apoderaron del trabajo de otros, reduciéndolos á la esclavitud. Pero ilustrándose cada vez

más la conciencia humana, no ha podido subsistir ese estado social.

Pero esa tiranía, cuyas formas burdas han desaparecido ya, se disfraza con formas hipócritas y aún subsiste en nuestros días. El hombre ya no acapara abiertamente el trabajo ajeno. Hoy existe otra forma de violencia; aprovechándose los ricos de la necesidad de los pobres, los eselavizan.

Pero según Bondareff, tiempo vendrá en que, habiéndose reconocido por fin la igualdad de los hombres entre sí, nadie podrá ya aprovecharse de la necesidad ajena, es decir, del hambre y el frío que sufren otros, para enseñorearse de ellos; porque, habiendo admitido los hombres que el trabajo del pan es una ley que se impone necesariamente á cada uno, considerarán

como su deber estricto no vender el pan (es decir, los objetos de primera necesidad) y alimentarse, vestirse y calentarse unos á otros.

Considero además la obra de Bondareff desde otro punto de vista, y es éste:

A menudo oís decir que no basta contentarse con leyes negativas, con mandamientos negativos, es decir, con reglas que fijan lo que *no se debe* hacer; sino que se necesitan leyes positivas, mandamientos positivos, reglas que determinen, de una manera precisa, lo que *se debe* hacer.

Dicese, por ejemplo, que Jesucristo ha dado cinco mandamientos negativos (1):

(1) Toda la moral de Tolstoy está contenida en estos preceptos del Evangelio. Respecto al desarrollo de la doctrina y la explicación